

...

Esta mañana, aprovechando el buen tiempo, he caminado por la costa entre el Hospital del Mar y el Puerto Olímpico; esa zona, hasta hace unos quince años, formaba parte de la playa de la Barceloneta y ahora lleva el nombre de Somorrostro, por el asentamiento precario de ese nombre que hubo aquí hasta mediados del siglo XX y en el que llegaron a vivir quince mil personas, con predominio de gitanos. Leo en internet que aquí nació Carmen Amaya, la famosa bailaora de flamenco, y pasó la niñez del cantaor Juan Varea. Me llama la atención que en la entrada correspondiente de Wikipedia, se mencione a un compatriota: «La famosa canción “El ventilador” del cantante hispano-argentino Gato Pérez recuerda el barrio: “Al ritmo de los gitanos de Somorrostro a Mataró”».

Entro en YouTube, escucho la canción del Gato Pérez, veo bailar a la Amaya. Arte y entorno. La potencia de los desplazados, la energía de la supervivencia, en los pies de la Amaya, en la voz del Gato Pérez.

Las fotos de las chabolas del Somorrostro me han retrotraído a un panorama que no te es desconocido, Helena, el de las casillas de chapa de las villas miseria, esos barrios del hacinamiento y las drogas que se multiplican en nuestro país.

Justo este mediodía, tomando unas cervezas en una terraza de la plaza del Bonsuccés, cerca de casa, les hablaba a Raquel y Juana, de esa gente, a quienes se les dice, de manera despectiva, los villeros: «No te vistas como villero. No hables como villero».

Recordaba cómo los españoles, cuando comenzaron a poblar y a mestizar el continente americano, a inicios del siglo XVI, llamaron indios, por confusión geográfica, a los habitantes originarios. Para los criollos de las provincias del norte, al menos desde mediados del siglo XIX, los indios pasaron a ser los chinos, seguramente por los ojos rasgados de algunas etnias. A fines del siglo XIX, en las grandes ciudades de la llanura pampeana, pobladas en su mayoría por inmigrantes europeos, se les

empezó a llamar los negros a esa gente, mestiza o indígena, venida de las provincias del norte argentino o de Bolivia, Paraguay o Perú. A partir de entonces se sucedieron los apelativos: cabecitas negra, *grones*, morochos, *gronchos*, cabezas, *patasucias*, villeros. Los no blancos, los inferiores, los vagos y dejados en el país de «el que no progresa es porque no quiere». Ese Dorado grotesco y descabellado.

A miles de kilómetros de distancia, Helena, se te cae la cara de vergüenza, pero vaya a saber por qué necesidad purgativa, necesitaba mencionar estas cosas a mis compañeras de pensión y ahora anotarlas en el cuaderno.

Un recuerdo trae otro. Vos y yo éramos vecinos. Yo vivía con mis padres a media cuadra de la avenida Rivadavia con la avenida Carabobo. De familia gallega y piamontesa, como tantos en Argentina, de clase media en ascenso, nací, como el papa Francisco, en el barrio de Flores, donde convivían empleados del Estado, profesionales liberales y comerciantes. Conociste bien nuestra casa de los años veinte del siglo pasado, primero alquilada, después comprada con esfuerzo; demasiado grande, demasiado oscura.

En mi niñez, en los años de la primaria, teníamos una empleada doméstica, vos no la llegaste a conocer, que trabajó con nosotros unos cinco años, entre sus trece y dieciocho años, cuando quedó embarazada y, al poco tiempo, al cumplir los diecinueve, se casó y se mudó a Tandil. La chica se llamaba Rita y vivía en una villa del Bajo Flores.

En esa época se toleraba que los menores del *lumpenaje* trabajaran, y no se me ocurría pensar que fuera injusto. Rita era una adolescente, sus hermanos eran unos niños, y ya trabajaban. A nadie le importaba. En aquel entonces, en aquellas tierras, era el destino de los miserables, ¿qué se podía hacer? Nada.

Rita baldeaba descalza las baldosas heladas; limpiaba los cristales de la ventana trepada en una banquetta ruinoso; se tiraba al suelo para sacar una mancha; lavaba la ropa a mano; barría; planchaba; cocinaba... Seis o siete años mayor que yo, interrumpía

los quehaceres y jugaba conmigo. Rita sin porvenir; Rita, la villera; la que no podía disfrutar de las cosas de su edad. Yo la quería como a una pariente cercana, fue una de las personas más importantes de mi niñez, pero era ciego a su situación.

¿Cómo no éramos solidarios con aquella chica? ¿Qué iba a ser de ella sin educación? Nos parecía muy normal; era una negrita, una cabecita, había nacido desfavorecida. Ojalá se salvara, pero no se podía hacer mucho por ella. Así son las cosas, no hay remedio, no es nuestra culpa. Nosotros la queremos, la tratamos bien. ¿Qué más podemos hacer? Tampoco somos ricos. Le damos la ropa que ya no usamos para ella y para su familia, le pagamos el boleto de ida y vuelta, somos buenos patrones, conseguimos que recibiera la primera comunión y que se casara cuando se embarazó. ¿No éramos los mejores patrones?

Matices idiomáticos: A las trabajadoras domésticas se le dice mucamas en Buenos Aires y en la región central del país; muchachas en las provincias del norte, y, en ambos ámbitos, de manera menos coloquial y más cruda: sirvientas.

Las estructuras sociales, dicen, generan la conciencia de clase y la conciencia individual. Yo era fruto de esa pequeña burguesía inmigrante que no quería saber nada de los *gronchos*, despreciaba sus costumbres, la cumbia villera, su ropa, gestos y modales, el acento rústico. Esas cosas, como el color subido de la piel, no tenían arreglo; y no era mi culpa.

Empiezo a ver con otros ojos. Giro la silla y me pongo frente a mí. No parezco yo, mis ideas y convicciones mutan a mi pesar. Es grave. Deja sin sentido mi vida, pone en entredicho mi acto justiciero. Pero, entonces, si no fue justo...